

Ella lo arrojó al fuego; pero el Coronel permaneció impassible.

—¡ Adiós, pues ! (murmuró al fin, impaciente.) Comprendo que le esperan á V.

—¿ Esperarme á mí ? Nada de eso.

Y era la verdad.

Me encontré al Coronel al siguiente día, y no se reservó para referirme lo ocurrido.

—¿ Y la moraleja ? (le pregunté yo) : no la comprendo muy bien.

—La moraleja es muy sencilla; he tomado mi revancha. Ayer estaba todavía perdidamente enamorado de ella; hoy casi puedo afirmar que no la amo. He recuperado mi corazón y mi razón. He aquí por qué dijo Alejandro el Grande que era poco ganar una batalla, si no sabía uno vencerse á sí mismo.

XXV.

Las sorpresas del corazón.

Esther no se contentaba con prolongar las *sorpresas del amor*, de Marivaux; su mayor placer consistía en preparar las sorpresas del corazón. Lili había sido contratada en el Teatro Francés, no solamente porque era la hermana de Esther, sino porque estaba dotada de un verdadero genio escénico. Si ella tenía menos fuerza que la gran Comedianta, tenía, en cambio, más sentimiento. Se apoderaba menos del espíritu, pero llegaba más al corazón. Cuando Esther hacía Fedra, presentaba el gran espectáculo de las figuras de Eschylo; pero Lili representaba Aricia con un rostro lleno de amor. Su verdadero triunfo fué en el papel de Catalina de Braganza, creado por Víctor Hugo. Aquel día se realizó aún el famoso duelo de la esposa y la querida del tirano. Hicieron recordar los triunfos de Mars y de Dorval. Y, sin embargo, ni la una ni la otra habían estudiado en esa grave escuela. Fué una verdadera fiesta para los pari-

sienses ver á las dos hermanas dar vida á las heroínas del gran poeta.

Se cenó en casa de Víctor Hugo; la cena fué bien alegre; pero de pronto exclamó Esther: ¡*Trece!* Había contado los convidados. Julio Janín ha escrito esta triste leyenda, en la que todos los comensales del gran poeta fueron desterrados ó descansaron en la tumba, menos Girardín y el que escribe estas líneas.

En efecto: ¡cuántos partieron en seguida! ¡Cuántos que no han conservado la vida! Lili, la señora de Arsenio Houssaye, la de Emilio Girardín, el conde de Orsay, Pradier, Gerard de Nerval, Alfredo de Musset. Toda la familia de Víctor Hugo, proscrita ó expatriada. En fin, Esther misma debía morir en la flor de su juventud.

En la segunda escena que siguió á la representación de *Angelo*, no fuimos ya trece. Esther había invitado á su director, á su hermana Valía, Lili, Julio Janin y Teófilo Gautier. Naturalmente, pensamos que sería en su casa, pero no era así, pues nos dijo: «Es en casa de Lili.»

Terminó el último acto, y hubo una ovación tan entusiasta como la antevíspera, lo mismo para Lili que para Esther.

—Mi querida niña (dijo la gran Comedianta, abrazando á su hermana); has representado me-

—jor que yo, y quiero recompensarte: vamos á cenar esta noche en tu casa.

—¡En mi casa! ¿Querrás decir en casa de mamá?

—No (añadió Esther); en la tuya; tú no sabes dónde está, pero he aquí la llave.

—¿Te estás burlando? Querrás hablar de la llave del podestá *Angelo*.

—No tal; ¡la llave de tu casa! Puesto que no sabes el camino, voy á llevarte á ella.

Salieron del teatro: Lili subió al carruaje de Esther.

Siete ú ocho minutos después se detenían en la calle Mogador.

Lili parecía muy inquieta, creyendo que era una burla, por más que su hermana la había tratado siempre con mucho cariño.

Entraron en una casa.

—¿No reconoces tu escalera?—le dijo Esther.

—Concluiré por creer que estamos ensayando una comedia que no conozco todavía.

Llegaron al tercer piso.

—Abre la puerta, puesto que tú tienes la llave,—le dijo su hermana.

Apenas Lili puso la llave en la cerradura, se abrió la puerta: la antecámara estaba toda iluminada; una doncella atenta y sonriente salió á saludarlas; pasaron á un salón aún mejor alumbrado, y artísticamente amueblado según

el gusto del día; el reloj, los candelabros, los objetos de China, todo estaba escogido por mano maestra. Otra sorpresa: un retrato de Esther sonreía á otro de Lili, colocado enfrente. Eran dos preciosas pinturas, hechas al pastel por Muller.

—No es eso todo,—dijo la hada.

Y condujo á su hermana con su varita mágica á una alcoba como la sueñan las jóvenes solteras. Allí reinaba una tenue y dulce claridad; rosadas bujías se veían en la chimenea, y un precioso lecho de laca rosa y blanco, con colgaduras celestes.

Lili empezaba á sentirse mal: en poco estuvo que no fuera preciso meterla en la cama.

—No es eso todo tampoco,—repitió de nuevo Esther.

Desde la alcoba la llevó á un gabinete tocador, en donde se adivinaba la mano de la artista, hasta en el *indispensable*, de forma ovalada en antigua porcelana de Sèvres.

—Ahora (dijo Esther riendo), mira tu ropa blanca.

Y abrió un armario lleno de maravillas, que exhalaban un delicado perfume. Poco faltó para que Lili estrenara sus camisas de dormir, pues hasta entonces habían sido las mismas que usara por el día las que le servían por la noche.

—No eseso todo,—repitió Esther una vez más.

Y pasaron á la cocina, en donde brillaba el cobre de una flamante batería de cacerolas y otros utensilios de diferentes formas. En ella se percibía un agradable olor de perdices trufadas, que abría el apetito. Lili se había vuelto un poco burlona. Se volvió á su hermana, y le dijo:

—Supongo que no será esto todo.

—Y tienes razón, porque además hay vino en la cueva y leña en la buhardilla. Respecto al alquiler de la casa, está pagado por un año; si no estás contenta con el casero, me le envías á mí.

En aquel momento llegamos nosotros: se nos hizo pasar por la cocina, para recorrer todas las habitaciones. Todo el mundo abrazó á Esther, y después á Lili, á Lea y á Bergamina, una verdadera pilluela de Molière, á quien todo el mundo quería.

—No olvides (dijo Esther á Lili) que tienes que hacer los honores de tu casa.

—¡Á la mesa, señores! (dijo Lili.) No me silben Vds. porque no sepa todavía este nuevo papel de la comedia de mi hermana.

La cena de la comedia no pudo ser más encantadora.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

40 1626 MONTERREY, MEXICO